

IMPORTANTE: AL PÚBLICO

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de Abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los kioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE: A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA,
DIARIOS, REVISTAS Y PUBLICACIONES, S. A.**

Barbará, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRÚN

E. VERBAQUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRAGÓ

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 212

25 cts.



LA MARCHA
NUPCIAL

Por LEATRICE JOY,
EDMUND BURNS, etc.

FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 212

La Marcha Nupcial

Emocionante e interesantísima super-producción PRODISCO, interpretada por los siguientes artistas:

ROBERT ARNES en el rôle de Victor Hallan
LEATRICE JOY > > > Beatriz Glyn

Producers Distributing Corporation

Dirección: CECIL B. DE MILLE
Distribuidores para España
JULIO - CESAR, S. A.

Aragón, 316 BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
CHARLES WILLY KAISER



La Marcha Nupcial

Argumento de la película

LA ISLA DE VAIMEA

Lejos de las rutas del Pacífico se halla escondida en el inmenso y solitario mar de la Polinesia, la diminuta isla de Vaimea, entre arrecifes de coral y madreperlas.

En esta isleta robinsoniana de la Oceanía, los naturales maorís se dedican a la pesca de perlas nadando como peces bajo las verdes aguas. La calma enervante de este mundo remoto, alejado del trato de las ciudades, reina suave y lánguida como en un país de ensueño...

Dirigidos por activos californianos, los buzos trabajan hasta el crepúsculo espléndido de las latitudes tropicales, para conseguir el hallazgo de esas preciosas perlas de límpido esmalte que han de exhibirse luego en las suntuosas joyerías de la civilización.

En tanto, las mujeres polinesias se dedican a las demás faenas, tejiendo hábilmente, algu-

nas de ellas, esas telas maorís antiquísimas que aun se admiran en los museos de razas exóticas.

HACIA LO DESCONOCIDO

Aquella mañana no todo era calma en Vaimea. Algo inusitado ponía en movimiento a sus contados pobladores. Se esperaba un trasatlántico en el que había de embarcar Víctor Hallan, el joven propietario de la isla, para vender en San Francisco el rico tesoro que en varios años arrebatara al fondo del mar.

Aquel era el primer viaje que Víctor iba a hacer al continente. Nacido en la isla, donde murieran sus padres californianos, no tenía del mundo exterior más que la fugaz impresión que dejaban los barcos que de tarde en tarde tocaban en Vaimea. Por ello experimentaba el acicate de la curiosidad y el temor del pajarillo que se decide a abandonar el cálido nido.

Themen, la vieja maorí que llevaba muchos años al servicio de la casa, quería a Víctor como a un hijo, y momentos antes de partir el inexperto joven, le dió algunos consejos.

—Pequeño señor—le dijo—; cuidado con la ciudad. Todo es peligroso allá abajo. Más de

una vez lo he oído decir. Guárdese de las señoritas que, como nuestros antiguos maorís, se pintarrajean la cara de colorines.

El peligro siempre atrae, y Víctor anhelaba cada vez con mayor afán conocer la ciudad que tantos temores inspiraba a la fiel sirvienta.

El equipaje estaba listo. Dentro de poco Víctor se alejaría de su isla.

Una doncella asistía a los preparativos de marcha del propietario, con el alma anegada en llanto. Era la jovencita Ethel, hija de Themen, que se había enamorado de Víctor.

Ethel había procurado siempre ser agradable a Víctor, a fin de que éste se fijara en ella. Ponía infinita delicadeza en todos sus actos, tratando al rico señor como a un dios; pero fué en vano que pretendiese penetrar en su corazón.

Una araña paseábase osadamente sobre el asa de la maleta de Víctor, y Ethel, cuando él iba a levantar la misma del suelo, apresuróse a derribar dicha araña, para que no molestase al amado.

Themen había estado observando a su hija, doliéndole la evidencia de que estuviese ilusionada con Víctor.

El trasatlántico recibió a su bordo al joven viajero, y se hundió de nuevo mar adentro.

Ethel le siguió con la mirada lánguidamente, y su madre, participando de su amargura, rezóle:

—No sueñes, hija mía... El pequeño blanco no es para ti.

Y la doncella, que, cegada por el amor hacia Víctor, no distinguía de castas, rompió a llorar.

DESCONFIAD DE LAS APARIENCIAS

En la cámara del trasatlántico, Víctor trabó conocimiento con gentes diversas que su poco mundo no sabía discernir.

Una tarde, hallándose jugando con un tal Madison Mallish, un tramposo, otro pasajero, llamado Pablo Glyn, situóse a escasa distancia suya y no le quitó ojo al estafador.

Glyn era otro punto de cuidado, pero aquella vez se sentía honrado con su cuenta y razón. Había inspeccionado a Víctor, y confiaba hacer un buen negocio con él.

El tramposo no podía faltar a su costumbre, y como eso era lo que esperaba Glyn, fué desenmascarado por éste.

Víctor castigó con sus férreos puños al miserable, por su repugnante proceder con él, que le creía una persona decente, y Glyn, llevándose al incauto a tomar un refresco, le calmó, mientras la policía de a bordo detenía al tramposo.

Víctor no pudo menos de agradecer a Glyn el servicio que le había prestado; y desde aquel

momento ambos convirtiéronse en inseparables compañeros de viaje.

Glyn, encantado del resultado de su idea, se prometía la realización del gran negocio en puerta, y mandó un aviso a sus cómplices, que formaban una familia completa.

UNA PARENTELA MODELO

La "familia" de Glyn se dedicaba única y exclusivamente al negocio de perjudicar al prójimo para beneficiarse a sí propia.

El cablegrama cursado por Glyn iba dirigido a su hermana, Beatriz, hermosa muchacha, cuyo corazón había permanecido hasta entonces insensible al amor de los hombres.

Dicho parte decía:

Reune familia. Llevo buen equipaje y proyectos. Pablo.

La noticia hizo sonreír a la preciosa criatura, que, sin pérdida de momento, trató de convocar, por teléfono, a cada uno de los miembros de la asociación.

Pero la "familia" estaba a aquella hora dispersa, trabajando cada cual por su lado. Esperaría hasta la noche.

En efecto; todos excepto Beatriz tenían mucho trabajo.

He aquí a la abuelita. Es viejita. Gracias a sus años, inspira compasión. Su rostro, simpá-

tico y dulce, es una valla para las sospechas. Aprovechándose de ello, la anciana escamotea que es un primor. Vedla. Finge no decidirse a atravesar el arroyo, por el que circulan numerosos coches de todas clases. Ruega a un transeunte que la ayude a cruzar la peligrosa calzada. El requerido piadoso, accede, y cuando la abuelita se separa de él, el reloj que aquél llevaba ha desaparecido como por encanto.

Presentemos a la tía. Sale de unos grandes almacenes. Sube a un *taxi*, dentro del mismo saca de sus mangas, a propósito para sus combinaciones, todo lo que ha podido robar en la tienda. Ha tenido un buen día.

Veamos al hermanito, Jim. Este, cuando no se apodera de una cartera no deja para otro la ocasión de llevarse un sombrero más elegante que el suyo, y otras cosas más.

Y, por último, conozcamos a Juanón, otro pariente. Se coloca como criado en donde puede. Además, es apto para todos los papeles. Silencio. Acaba de hacer una de las suyas en ausencia de sus nuevos señores. Va a salir de la finca robada. Un guardia se pasea a lo largo de la calle. Es necesario burlarle. Se impone el ingenio. Ya está. Transformado, en un abrir y cerrar de ojos, en pastor anglicano, Juanón sale tranquilamente, con una maleta repleta de "tonterías". El guardia se le acerca, y muy respetuosamente se ofrece a llevarle la maleta hasta un *taxi*. Juanón no se nie-

ga, y ya en el *auto* despídese del amable representante de la autoridad.

En resumen: una asociación familiar de frescos.

Beatriz aguardaba impaciente a sus parientes, y durante su espera presentóse en su casa Jeffrey King, que había sido pretendiente suyo, pero que ya no era "nadie".

—Hola, palomita. ¿Estorbo?

—¡Ah! ¿Eres tú?

—¿Te disgusta mi visita?

—Me da lo mismo.

—¿Persistes en tu indiferencia hacia mí? No eres justa, Beatriz.

—No me vengas con historias, Jeffrey. No estoy para escenas desagradables.

—Bien, mujer; no te sulfures. Voy a tomar un poco de café, si no te opones.

—Por lo visto, sigues creyéndote en tu casa.

—Sé resignarme a esperar, Beatriz, y creo que algún día volverás a ser para mí la cariñosa Beatriz que fuiste antes.

—Si quieres perder el tiempo...

—¿Es que no me quieres ya?

—¿Tienes por ventura la seguridad de que te quise?

—Lo parecía...

—Te lo imaginaste.

—Ya sé que tú quisieras que yo fuera más listo. ¿Qué se le va a hacer? Pero hoy he tenido un buen día. Mira. Una cartera con buenos billetes, unas medias de seda...

—¿Todo eso... es para mí?

—Si me miras con cariño, sí.

—No hablemos más de necedades, Jeffrey. Sé buen muchacho y échame estas cartas al correo.

—¿De modo que me despides?...

—No lo tomes a mal... pero ya es hora de que me devuelvas esa pulsera que te di. Para nada te sirve ya...

—Me la diste, y mía es. Ella me recordará siempre el desengaño que de ti recibo... y así no podrás regalársela a otro incauto, mujer sin corazón.

Oyóse un portazo y pasos precipitados en la escalera. Jeffrey no volvería a aquella casa.

EL ERROR DE UN ENAMORADO

Jeffrey era un pobre empleado de escritorio. Tuvo ocasión de conocer a la "familia" de Beatriz, y al conocer a ésta, quedó enamorado.

Su empleo le daba apenas para comer. La tentación le sedujo, y truncó su vida, para acercarse al objeto de sus ansias, a cuya banda se afilió durante algún tiempo.

Beatriz simpatizó con Jeffrey, y llegó a darle uno de los tres brazaletes que llevaba. Esos brazaletes tenían cada uno una inscripción: amistad, valor, y amor. El que regaló a Jeffrey era el que se refería a la amistad.

Pasado algún tiempo, Beatriz, convencida de que jamás podría cambiar el brazalete de Jeffrey con la inscripción de la amistad por el de la inscripción del amor, optó por desengañarlo de una vez.

Y cumplió los dictados de su corazón.

LA RATONERA

Beatriz, siguiendo las instrucciones de su hermano, y de acuerdo con sus parientes, alquiló un piso lujosamente amueblado, para recibir obsequiosamente al joven vendedor de perlas cazado por Pablo Glyn en alta mar.

La llegada estaba anunciada para aquella tarde.

Durante la espera, los miembros de la asociación modelo tuvieron tiempo de hacer inventario de lo robado por la mañana. No se podían lamentar de su suerte. Todo iba viento en popa.

Organizaron inclusive una partida a los dados, para ganarse los beneficios entre sí.

Pero hubieron de suspender el juego, pues los viajeros dieron señales de vida precedidos por Beatriz, que lucía un lujoso vestido, que realizaba su clara belleza.

Beatriz fué a esperar a su hermano para servir de anzuelo. Estuvo acertada. Víctor, al

verla, no titubeó más en aceptar la invitación de Glyn de hospedarse en su casa durante su estancia en la ciudad.

Presentado a toda la familia, Víctor se creyó entre gentes honradas. Todo tenía el aire bondadoso, acogedor de los hogares felices.

Juanón habíase convertido en criado su especialidad.

La acogida dispensaba por los parientes de su compañero de viaje, halagó sobremanera a Víctor, y las sonrisas que le prodigaba Beatriz le hacían felicitarse de su primer viaje a la sociedad moderna.

Durante la cena, Glyn refirió a los suyos el incidente ocurrido a bordo y su intervención para librar a Víctor de granujas.

—...Y os aseguro que el tramposo no se olvidará del que iba a ser su víctima sin mi llegada para impedirselo, pues Víctor le dió unos fenomenales puñetazos, y si le dejo, lo descalabra.

—Hay mucha gente mala—dijo la abuelita.

—Pero cuando uno es fuerte como el señor Hallan...—opinó Beatriz.

—La fuerza es útil y no lo es si no se presenta ocasión de usarla. Su hermano fué quien me salvó unos cuantos cientos de dólares... y tal vez de un robo por el mismo tramposo. Es indudable que su hermano fué en el viaje mi Angel de la Guarda.

La conversación se desvió intencionadamente. Se habló de las perlas, para cuya venta es-

taba Víctor en la ciudad, y Glyn, oportuno, le dijo:

—A Beatriz le gustaría mucho ver esas hermosas perlas de la Oceanía.

—Pues voy a complacer su deseo, no faltaba más—repuso el ineauto.

La familia seguía con inusitada atención los menores gestos de Víctor. Este sacóse una bolsita y vacióla delante de todos. Rodaron las perlas sobre la mesa, admirándolas cada cual por su lado. El hermanito guardóse una de ellas.

—¡Qué preciosas son!—exclamó Beatriz—. ¡Oh! Para mí las perlas han sido siempre el símbolo de la pureza.

Víctor sonrió a Beatriz, y al colocar de nuevo las perlas en la bolsita, encontró a faltar la que se quedara el hermanito.

—Yo creí que había doce...

—Sí; eran doce—dijo Pablo Glyn. Y como sabía que su hermanito se había pasado de listo, prosiguió—: Mira a ver si ha rodado alguna hacia ahí, hermano...

Comprendiendo que no debía quedarse dicha perla, a fin de que Víctor no se escamase a tiempo de huir, el hermanito fingió encontrarla en el suelo, y la devolvió a su dueño.

Continuó la comida. Pablo ofreció aceitunas a Víctor, que se negó a aceptarlas. En vista de ello, y como para tener una prueba de la influencia que ella ejercía ya sobre él, Beatriz le hizo el mismo ofrecimiento, y Víctor no su-

po negarse, correspondiendo con íntima satisfacción a las cariñosas miradas que ella le dirigía.

A ese paso...

De sobremesa se habló de Vaimea. La familia desconocía la existencia de esta isla, y Víctor le mostró gráficamente dónde estaba si-



...y Víctor no supo negarse, correspondiendo con íntima satisfacción a las cariñosas miradas...

tuada.

¡Con qué avidez siguieron todos sus explicaciones! ¿Y toda la isla era de Víctor? ¡Qué negocio podrían hacer!

Lo lamentable era que Víctor permanecería en la ciudad sólo una semana, y Pablo urgió a su hermana para que el ratón cayese en la ratonera antes de que terminase dicho plazo.

Beatriz empezó al momento. Fué a llamar a la puerta de la habitación reservada a Víctor, a la cual éste se había retirado por unos



—¡Con qué rapidez seguían todos sus explicaciones!

momentos, y le dijo:

—Si tiene usted alguna ropa para lavar o recoser, démela usted a mí, que yo misma se la arreglaré.

—Muchas gracias, señorita... pero yo no quiero que usted se moleste por mí...

—No es ninguna molestia... Un buen amigo como usted...

—Es usted muy amable...

—También vine aquí por otra cosa. La abuelita quiere su biblia que quedó en esta habitación. Con su permiso voy a llevársela.

Beatriz entró en el cuarto de Víctor, y al enseñarle la biblia que, en efecto, estaba allí, preparada de antemano, rozó las manos; y el joven, turbado por la dulce sensación, reconocía para sí que jamás había sentido tan feliz.

Al volver Beatriz al lado de los suyos, la abuelita, que no admitía lentitud en los negocios, preguntóle, apremiante:

—¿Qué tal va ese salmonete? ¿Pica ya?

—Creo que picará... y acaso antes de lo que nos pensábamos.

Su respuesta indicaba que descontaba su triunfo; y, satisfecha, dichosa y palpitante sentóse al piano, arrancando de la caja sonora una melancólica serenata.

Los familiares no dudaban de que se trataba de una idea de Beatriz para atraerse a Víctor, que acudiría al oír la música. Y anduvieron acertados en cuanto a esto último, pues el joven huésped, sospechando que era Beatriz la que tocaba, reapareció en el salón; y acercándose a ella lentamente sobre las puntas de los pies, contemplóla como en éxtasis, y murmuró, al ser advertido:

—Toca usted maravillosamente, señorita...

Beatriz, exquisitamente coqueta, rozaba a cada momento una de las manos de Víctor apoyada en el piano, y una de las veces la estrechó con desconcertante presión. Estaba resuelta a hacerle suyo.



—Toca usted maravillosamente, señorita...

EL DESPERTAR DE UN CORAZON

El hombre propone y Dios dispone, y a la sexta noche el ingenuo pescador de perlas,

aunque sentía la fascinación de la hermosa Beatriz, no había sido todavía vencido.

Víctor y Beatriz cenaban en un *restaurant* de los más aristocráticos de la ciudad.

Uno de los números de *variétés* que se representaban allí, era una fantasía de un rey de las perlas que se dejaba seducir por una hermosa mujer, creyendo en su amor; y moría luego asesinado por la codicia de esa misma mujer. Un espectáculo muy desagradable para Beatriz, pues se refería a su caso con Víctor.

Por si esa visión no hubiese bastado para excitar sus nervios, ocurrió que Jeffrey, su antiguo pretendiente, que estaba en el *restaurant*, completamente bebido, acercóse a ella, y le dijo a Víctor:

—Ojo con esta “niña”, caballerito, que le dejará a usted desplumado.

Víctor era enérgico, y el insulto dirigido a Beatriz por aquel beodo, le indignó de tal modo que, no respetando el estado del ofensor, le descargó su puño en el rostro, derribándole aparatosamente. Acudió el encargado y varios clientes, llevándose al infeliz a un cuarto reservado.

Asustada, temiendo que Víctor llegase a ver claro en sus atenciones, Beatriz le dijo:

—Yo nunca he visto a ese hombre. Está borracho. Por favor, lléveme usted a casa.

—Vamos, señorita. En verdad, en ninguna

parte se está mejor que en casa... en su linda casita de usted.

En el automóvil, Beatriz reclinó su cabeza sobre el pecho de Víctor, sin que éste, excesivamente tímido, se atreviese a comprender que ella no se negaba a que él la besara.

Al llegar a la casa, a medianoche poco más o menos, despidiéronse a la puerta del cuarto de Víctor. En Beatriz todo era imploración de amor. Sus manos, que rozaban sin cesar las de Víctor, sus labios, que temblaban de deseo, sus ojos, que acariciaban... todo... pero Víctor no renunciaba a la más correcta actitud. Al fin, convencida de que era inútil cuanto hiciera, le dejó, diciéndole:

—Espero que veré a usted mañana temprano, antes de marcharse...

—Con mucho gusto, señorita Beatriz...

La familia esperaba en el comedor. Beatriz entró en el mismo, y al encender la luz encontróse con todos sus parientes, que la miraron con la mayor severidad.

—¡Fracasada, eh? Ya lo hemos oído. ¿Y para esto hemos hecho todo este gasto? ¡No sirves para nada!—le recriminó Pablo.

La abuela, avarienta y criminal, propuso una solución infalible.

—Aquí se está perdiendo el tiempo—dijo—. Basta de comedias. Tenemos ya el ratón en la ratonera y no hay más que hacer lo que se acostumbra en estos casos...

Armóse de un revólver, imitándola Pablo.

Víctor salía en aquel momento de su cuarto, dirigiéndose al salón.

Alarmada al enterarse de esto por su hermano, Beatriz suplicó prudencia y un nuevo plazo:

—¡No le toquéis! Dejadme media hora más y os prometo tenerle mío.



—¡No le toquéis! Dejadme media hora más y os prometo tenerle mío.

No se fiaban de ella. ¿Y si dejaba escapar al "pájaro"? ¿Cómo sabrían que éste se había dejado cazar?

—Yo os prometo vencer—aseguróles Beatriz, resuelta a todo—. Cuando oigáis en el

piano "La marcha nupcial", será la señal de que se ha entregado.

—De acuerdo. Ve a "pescarlo", y ¡ay de ti si nos traicionas!

Beatriz cambió sus ropas de *soirée* por una magnífica bata, y presentóse en el salón.

Al verla, Víctor, apasionado, venció su indecisión, y exclamó:

—¡Beatriz! Tenía miedo de no verla más. La amo a usted. Lo sabía, ¿verdad?

Beatriz no esperaba tan rápida confesión. ¿Acaso Víctor comprendió que la presencia de ella en el salón demostraba que, sabiéndole a él allí, reuníasele para estimularle a declararse?

Ya no fingía la aventurera. Su corazón la tía de un modo extraño.

—¿Me quieres, amor mío?—preguntó Víctor, estrechándola en sus brazos.

Ella le miró a los ojos, y ahogando un suspiro precursor de lágrimas, se abandonó al verdadero amor.

—¡Oh, Beatriz! ¡Qué felicidad! Déjame dar la buena noticia a tu familia.

Víctor había abierto ya la puerta. Iba a salir del salón. Beatriz, asustada, pues sabía que la boca de varios revólvers apuntaban para disparar si él intentaba fugarse, sentóse al piano y tocó nerviosamente "La Marcha Nupcial", la señal convenida.

Entonces, como surgidos de la tierra por arte de encantamiento, presentáronse en el sa-

lón los parientes de Beatriz, al tiempo que Víctor, sorprendiendo a su prometida llorando, le preguntaba:

—¿Por qué te conmueve tanto "La Marcha Nupeial"?

—No es nada, Víctor... no es nada... Es que me siento tan feliz...



...y ahogando un suspiro precursor de lágrimas, se abandonó al verdadero amor.

Las felicitaciones de la familia llovieron copiosamente; y llegó a hablarse ya de la tristeza que habría en la casa cuando Beatriz se marchase con Víctor, una vez casados.

—Ustedes no la pierden—atajóles el incau-

to—; me ganan a mí, que no es lo mismo. Quiero que vengan todos a Vaimea a pasar una temporada durante nuestra luna de miel.

La invitación no fué unánimemente aceptada. Juanón, el hermanito y la tía pretextaron que se mareaban. En cuanto a Pablo y a la abuelita, les pareció verdaderamente de “perlas”. El plan de Pablo seguía por el mejor de los caminos. Ir a Vaimea era maravilloso. En la isla el botín sería magnífico.

Víctor no recelaba el engaño, y aumentó la codicia de todos con el regalo que, apenas prometida a él, le hizo a Beatriz, consistente en un largo collar de gruesas perlas.

Pero Beatriz no era feliz... No obstante el ambiente en que vivía, sufría viendo la ingenua lealtad de aquel hombre honrado y bueno, en contraste con la maldad de cuantos le rodeaban.

LA CELADA

Beatriz y Víctor legalizaron su amor.

Pablo los acompañaría a Vaimea con la abuelita, y fué a asegurarse la complicidad de un naviero del “oficio”, a quien llamaban “Dulce papá”.

—Vengo a proponerte un buen negocio. Se trata de ir a Vaimea a recoger unas perlas. Tendrás tu buena parte. Aquí va esto, por ahora.

—Conforme. Cuenta conmigo.

“Dulce papá” contrató para la excursión a su segundo, al que entregó una parte del dinero recibido, y no le faltaba más que otro hombre. Le buscaron entre los que dormían en las literas de la taberna del puerto, y la casualidad quiso que el elegido fuese Jeffrey King, el ex pretendiente de Beatriz.

Pocos días después, los recién casados y el hermano y la abuelita llegaban a Vaimea, la isla risueña y pacífica.

La vieja maorí vió realizados sus temores, y Ethel, su hija, lloró amargamente la muerte de sus esperanzas...

En ausencia de Víctor se habían pescado numerosas perlas, y Pablo las unía, en imaginación, a las otras que descontaba llevarse dentro de poco.

La luna de miel de Beatriz y Víctor se deslizaba plácidamente. A la desposada le parecía que un mundo nuevo, maravilloso, deslumbrador se ofrecía a sus pies.

Pero el espectro de la realidad de su vida...

REDENCION

Pablo exigió de Beatriz la combinación de la caja de caudales donde Víctor encerraba las perlas.

Todavía débil para oponerse a las preten-

siones de su hermano, Beatriz procuró conocer esa combinación.

—Toma, Víctor. ¿Quieres guardar mi collar en tu caja de hierro?

—¡Oh! No es necesario, Beatriz. En Vaimea no hay ladrones.

—Es que mi collar me gusta tanto...

—Puedes dejarlo donde sea, segura de encontrarlo al volver por él.

Al nuevo amanecer, Víctor confirmó a su esposa que cada día su amor iba en aumento; y el cariño, la delicadeza y la honradez, entrándosele en el alma, transformaban a Beatriz.

—Todo lo mío es tuyo, mi vida. ¿Estás contenta?—le dijo el noble esposo aquella mañana, a través de sus besos, delante de la caja de caudales, que se disponía a abrir para enseñarle su tesoro.

Ella no contestó. Deseaba y no deseaba que su marido le diese la combinación de la caja. Mas no lo pudo evitar, y supo que se formaba con la palabra Amor, igual a la de la pulsera que ella le regaló cuando se casaron.

No cabía duda de que Beatriz amaba a su esposo. La pulsera en cuestión era la mejor prueba. No se la habría regalado de no sentir amor por él.

Beatriz sentíase desfallecer. No quería mirar a su esposo abriendo la caja, y al notar

él su extraña actitud, ella disculpóse achacando al clima aquella especie de mareo.

Pablo, en vista de la tardanza en saber la combinación de la caja de las perlas, censuró a Beatriz su pasividad.

—Me parece que has tomado en serio tu papel y te estás enamorando de ese imbécil. Date prisa porque pronto llegará el barco en que hemos de huir.

Afortunadamente, Víctor interrumpió con su aparición la escena entre los dos hermanos, librando a Beatriz de las amenazas de Pablo; y paseando, los tres vieron, allá en el mar, un velero. Pablo sabía el motivo de la llegada de éste a la isla, pero Víctor, no sospechando nada, no pudo menos de decir:

—¡Un velero! Hace un año que no recalaba ninguno por aquí.

Cuando dicho velero fondeó en la costa de Vaimea, Víctor acogió hospitalariamente a los marinos, que fingieron llegar de arribada.

Jeffrey King, bebido como siempre, reconoció en Víctor, al presentarse éste en el velero, al hombre que estaba con Beatriz en un *restaurant* cierta noche, y le dijo, socarronamente:

—Usted estaba con esa linda palomita de Beatriz Glyn. ¿Cuánto le costó a usted la fiesta?

Por toda respuesta, Víctor, iracundo, vol-

vió a castigar al insolente, enterándole de que Beatriz era su esposa.

Jeffrey, derribado como la otra vez, no cesó en su empeño de condenar la conducta de Beatriz, mucho más al ver que Víctor llevaba una pulsera como la suya, aunque con distinta inscripción.



...disculpóse achacando al clima aquella especie de mareo.

—Se ha casado usted con una ladrona. Pablo Glyn y toda la familia forman una banda de timadores y ladrones de la peor casta... Pregúnteles usted si conocen a Jeffrey King. Enloquecido por la revelación, Víctor aban-

donó el velero, para regresar a su casa y arrojar de ella a los miserables que la enviaban con su presencia.

“Dulce papá”, indignado con Jeffrey, por haber hablado demasiado, descargó en la cabeza una botella, dejándole por muerto.

Entretanto, Beatriz, temiendo que iba a ocurrir lo inevitable, escribía este papel para su marido:

Estoy luchando por salvarte de las garras de estos malvados, y aunque yo haya sido como ellos porque entre ellos nací y crecí, tú has transformado y redimido mi alma y te amo con todo mi corazón.

Tu esposa

Beatriz.

Pablo le exigía, a poco, que le diese la combinación de la caja. Sabía que Víctor se la había dado, y ya que el velero estaba en la isla, no creía prudente esperar más. La llevó a la fuerza junto a la caja.

—Abrela.

—No, Pablo. Yo no puedo hacer esto.

—Abrela, te repito, o no respondo de lo que va a pasar aquí.

La abuelita, armada de un revólver, anunció la llegada de Víctor.

—Tu marido se acerca, Beatriz; y si no abres, le mato de un tiro, suceda lo que suceda.

—¡No, no dispares!

—¡Abres, pues, esa caja?

—Sí... sí... Ya está...

Pablo apoderóse de las perlas, y Víctor apareció en tan crítico instante, desbaratándoles el juego. Ethel, que vio la hazaña de los blancos, habíale salido al paso, enterándole de lo que ocurría.



—¡No, no dispaes!

—¡Víctor! ¡Esposo mío!—exclamó Beatriz, temiendo que él la creyese verdaderamente culpable.

—¡Fuera! ¡Márchate! Puedes ir a juntarte con Jeffrey King. ¡Largo a la mar toda esta

cuadrilla de bandidos que infestan mi casa, o no dejaré uno vivo!

—¡Oh, Víctor, Víctor!—sollozaba Beatriz; pero sus lamentos no hallaron eco en el corazón del esposo.

Pablo y la abuelita salieron de la casa, y Beatriz, en vista del desprecio que le demostraba su esposo, siguióles, con la muerte en el alma; y Víctor, al verla partir para siempre, creyó morir de pena. ¿Por qué la había amado tanto? ¿Por qué la amaba aún?

Fuera, Beatriz enteróse, por "Dulce papá", de que había sido colocada una bomba cerca de la casa de Víctor, para volarla y regresar a apoderarse del perdido botín; y, no importándole la vida, retrocedió, no pudiéndolo nadie evitar.

Pablo disparó sobre ella, sin lograr herirla, y a través de innúmeras dificultades, vencidas por el afán de salvar al hombre amado, Beatriz pudo arrojar la bomba lejos de la casa de Víctor, pero no sin recibir un balazo en el hombro por efecto de un disparo que, creyendo era mala y volvía para seguir engañando a Víctor, sobre ella hizo Ethel.

La explosión de la bomba puso en pie a toda la isla, y Pablo, la abuelita y "Dulce papá" se hicieron a la mar sin pérdida de momento.

Víctor, enterado de lo que había hecho Ethel, salió a socorrer a su amada, y como ya había leído la confesión que ella le escribiera un poco antes de obligarla Pablo y la abueli-

ta a abrir la caja de caudales, y por la cual le confesaba su verdadera personalidad, la perdonó, ansiando que viviese para gozar con él del más puro y fuerte amor.

—¡ Beatriz, perdóname por haber dudado de ti! Tú eres buena, muy buena.

—¡ Oh, Víctor! Gracias... gracias...

Besáronse llorando, y Ethel, arrepentida del daño inconscientemente causado a la esposa del hombre amado en silencio, prometiéndose cuidarla como una hija hasta su completo restablecimiento; y, para que su amor imposible fuese sublime, en adelante procuraría proteger con lealtad infinita la felicidad de los que tanto se querían.

FIN

Prohibida la reproducción

Revisado por la censura gubernativa.

PRÓXIMO NÚMERO:
LA ESTUPENDA Y EMOTIVA NOVELA
**EL SOBRINO
DE AUSTRALIA**

Por el gran ROD LA ROCQUE,
la bellísima JETTA COUDAL, el
NOAH BEERRY, etc.

32 páginas — Numerosas fotografías



Postal fotografía regalo:

Blanche Montel



LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles — Precio: 25 cts.

Siempre las mejores películas

UN ÉXITO ENORME

están obteniendo los últimos libros publicados de la Biblioteca

«*LOS GRANDES FILMS*»

de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

El Fantasma de la Opera—El trono vacante—El Caid—Madame Sans Gêne—América—Cuando las mujeres aman—El Capitán Blood—Más fuertes que su amor—Ella...—Demasiadas mujeres.

EN PREPARACIÓN

La grandiosa producción nacional

Nobleza baturra

Precio 50 cts. — 64 páginas — Portada bicolor.

Siempre las mejores películas.